

“Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década”

Sociedad y cultura

El diálogo de Perón con la multitud: el 17 de octubre de 1945 y el 31 de agosto de 1955

María Sofía Vassallo

Instituto Universitario Nacional del Arte

msofiavas@yahoo.com.ar

El discurso de Juan Domingo Perón ha sido muy trabajado, desde distintas perspectivas teórico-metodológicas, en el vasto campo de las ciencias sociales. Sin embargo, muy poco se ha estudiado la peculiar interacción entre Perón y la multitud reunida en la Plaza de Mayo, la relación dialógica entre una voz individual y una voz colectiva, en el marco de la cual se negocian sentidos y se consolida un singular vínculo entre los interlocutores. Y es justamente esta dimensión del funcionamiento político la que me propongo abordar aquí, dimensión que solo resulta accesible a través del análisis del discurso y de los procesos de intercambio discursivo. Trabajo específicamente dos momentos cruciales de la historia del peronismo: el 17 de octubre de 1945 y el 31 de agosto de 1955 (discurso conocido como el del cinco por uno)¹.

El 17 de octubre de 1945

Entre 1943 y 1945, la actividad del viejo Departamento Nacional del Trabajo, luego Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del Coronel Juan Domingo Perón, fue incesante. Desde esta repartición pública Perón, junto a dirigentes obreros, comenzó a hacer efectivas leyes y decretos que protegían a los trabajadores y, al mismo tiempo, promovían su organización y la construcción de una identidad colectiva. El 9 de octubre de 1945, Perón fue destituido de los cargos de vicepresidente, secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra. En las primeras horas del 13 de octubre fue arrestado en su domicilio y luego trasladado a la prisión de la isla Martín García. El 17 de octubre miles de obreros se volcaron a las calles para exigir la libertad de Perón.

¹ A partir de mis propias transcripciones de los registros grabados que se encuentran en el Archivo General de la Nación.

La movilización popular y la percepción carnavalesca del mundo

En general, los historiadores y cronistas del 17 de octubre coinciden en destacar el espíritu festivo, el desparpajo, la actitud irreverente de las multitudes que salieron a la calle a reclamar la libertad de Perón. No pocos señalan el carácter carnavalesco de la manifestación popular (James 1987 en Torres 1995: 110-111, Plotkin 1993 en Torres 1995: 181, Luna 1971: 279).

La movilización popular de octubre del 45 se ajusta a la definición de Bajtín (1979) del carnaval². En el marco de esa marea humana no hay división entre actores y espectadores, todos participan de la acción colectiva, se tornan caducas las reglas que rigen las rutinas de la vida cotidiana, no se respeta ningún tipo de jerarquía y sus protagonistas entran en un “contacto libre y familiar”. Al mismo tiempo, lo carnavalesco de la manifestación obrera expone la diferencia con lo que no es carnaval, lo que queda fuera de ese universo (los vecinos que, en el centro de Buenos Aires, contemplan azorados la irrupción del peculiar desfile).

Este espíritu festivo, carnavalesco, que caracterizó las expresiones populares del 17 de octubre determinó prácticas discursivas particulares y rasgos genéricos específicos que se acercan a lo que Bajtín (1979) define como géneros cómico-serios (por ejemplo, algunas de las consignas y los cánticos de las jornadas). Se caracterizan por:

1. una nueva actitud hacia la realidad: *“su objeto o, lo cual es aún más importante, su punto de partida para la comprensión, valoración y tratamiento de la realidad, es la actualidad más viva y a menudo directamente cotidiana”* (Bajtín

² *“El carnaval es un espectáculo sin escenario ni división en actores y espectadores. En el carnaval, todos participan, todo el mundo comulga en la acción. El carnaval no se contempla ni tampoco se representa, sino que se vive en él según sus leyes mientras éstas permanecen actuales, es decir, se vive la vida carnavalesca. Esta es una vida desviada de su curso normal, es, en cierta medida, la vida al revés, el mundo al revés (...). Las leyes, prohibiciones y limitaciones que determinan el curso y el orden de la vida normal, o sea, de la vida no carnavalesca, se cancelan durante el carnaval: antes que nada, se suprimen las jerarquías y las formas de miedo, etiqueta, etc., relacionadas con ellas, es decir, se elimina todo lo determinado por la desigualdad jerárquica social y por cualquier otra desigualdad (incluyendo la de edades) de los hombres. Se aniquila toda distancia entre las personas, y empieza a funcionar una específica categoría carnavalesca: el contacto libre y familiar entre la gente. Se trata de un momento muy importante en la percepción carnavalesca del mundo. Los hombres, divididos en la vida cotidiana por las barreras jerárquicas insalvables, entran en contacto libre y familiar en la plaza del carnaval. El carácter especial de la organización de acciones de masas y la libre gesticulación carnavalesca se determinan asimismo por esta categoría del contacto familiar (...). El carnaval une, acerca compromete y conjuga lo sagrado con lo profano, lo alto con lo bajo, lo grande con lo miserable, lo sabio con lo estúpido etc. De ello deriva la cuarta categoría carnavalesca: la profanación, los sacrilegios carnavalescos, todo un sistema de rebajamientos y menguas carnavalescas, las obscenidades relacionadas con la fuerza generadora de la tierra y del cuerpo, las parodias carnavalescas de textos y sentencias, etc.”* (Bajtín 1979: 172-174).

1979: 152). No se da ningún tipo de distanciamiento épico o trágico “sino a nivel de la actualidad, en la zona de contacto inmediato e incluso groseramente familiar con los coetáneos, vivos” (Bajtín 1979: 153).

2. “los géneros cómico-serios no se apoyan en la tradición ni se consagran por ella sino que se fundamentan conscientemente en la experiencia (...) y en la libre invención; su actitud hacia la tradición en la mayoría de los casos es profundamente crítica y a veces cínicamente reveladora” (Bajtín 1979: 153).
3. “una deliberada heterogeneidad de estilos y de voces que caracterizan todos estos géneros” (Bajtín 1979: 153).

Angel Perelman, partícipe activo del 17 de octubre, destaca que entre los diferentes grupos que marchaban hacia la Plaza de Mayo:

“se creó un sistema de comunicaciones que no se fundaba en el telégrafo, sino en la noticia que volaba a viva voz de grupo a grupo y que adquirió una perfección insospechable cuando comenzaron a aparecer los camiones cargados de obreros. A medida que cruzábamos en medio de los más diversos grupos de manifestantes, recibíamos y retribuíamos todo género de noticias, de consignas y de aclamaciones” (Perelman 1961: 74-75).

Estas son algunas de las consignas y cantos que poblaron las calles durante las jornadas del 17 y el 18 de octubre:

“¡queremos a Perón!”,

“los que están con Perón, que se vengan al montón”,

“píantate de la esquina oligarca loco/ el pueblo no te quiere y Perón tampoco”,

“Perón no es comunista/ Perón no es dictador/ Perón es hijo del pueblo/ y el pueblo está con Perón”,

“aunque caiga el chaparrón/ todos, todos con Perón” (cuando amenazaba con llover),

“Perón encontró a un hermano/ Hortensio Jota Quijano”,

“Perón, Quijano/ y el pueblo soberano”,

“con Perón y con Mercante/ la Argentina va adelante”,

“Farrell y Perón/ un solo corazón”,

“nos quitaron a Perón,/ pa’ robarse la nación”,

“para robar al peón/ lo encerraron a Perón”,

“como garras de león / son los puños de Perón”,

*“Perón, Perón, /salvaste a la Nación, / con la Secretaría/ de Trabajo y Previsión”,
“aquí están, estos son/ los muchachos de Perón”.*

Según Perelman, *“espontáneamente, y con los elementos que encontraban a mano, los trabajadores, sobre la marcha, improvisaban leyendas, carteles y cartelones de todo género y con las frases más pintorescas, pero que tenían en común un nombre: Perón”* (Perelman 1961: 74).

Voy a detenerme brevemente en algunos de estos cantos. En *“los que están con Perón, que se vengan al montón”* la relación entre “montón” y “montonera” no es solo de cercanía en el plano de los significantes sino también en el de los significados. La evocación a las montoneras federales está presente en el imaginario popular. Por ejemplo, los delegados de la FOTIA llegados a Berisso proclamaban por los altoparlantes: *“Como en los tiempos de Güemes (...) ¡marcharemos con lanzas y tacuaras para pelear por nuestra libertad y por la libertad de nuestro líder!”* (Luna 1971: 266). En *“píantate de la esquina oligarca loco/ el pueblo no te quiere y Perón tampoco”* se expresa la ruptura del temor reverencial respecto de quienes habían representado el poder político y el poder económico durante gran parte de la historia argentina. Se usa la construcción apelativa “oligarca loco” (oligarca es un término erudito que, en la Argentina, tiene una fuerte carga peyorativa), precedida por la modalidad imperativa del “¡píantate!”, término del lunfardo (que, por aquellas épocas escandalizaba a la alta burguesía). De esta manera, se lo expulsa del espacio urbano del que hasta, ese momento, había sido indiscutible dueño y señor. *“Perón no es comunista/ Perón no es dictador/ Perón es hijo del pueblo/ y el pueblo está con Perón”* constituye un enunciado altamente polifónico que responde a algunas de las críticas de la oposición (aludidas mediante la doble negación polifónica) con la melodía de una canción popular, “La mar estaba serena”, propia de los paseos y las excursiones en grupo. El término “muchachos” con el que la multitud se autoidentifica en *“aquí están, estos son/ los muchachos de Perón”*, además de aludir a la gran proporción de jóvenes peronistas, responde al apelativo peyorativo (“muchachones”) con el que eran nominados por la prensa opositora.

Según Arturo Jauretche los peronistas nacieron a la vida pública cantando en masa, algo ajeno a la tradición tímida, individualista, retenida de los criollos (citado por Mario Wainfeld en La Marcha 1, 29). Este canto colectivo en el marco de la lucha política se inscribe en las experiencias de las luchas anteriores en las filas del

yrigoyenismo, el anarquismo, el comunismo y el socialismo. Sin embargo, este canto colectivamente celebrado está muy lejos del tono épico y acartonado de algunas de estas experiencias anteriores y, además, está fuertemente marcado por la masividad y una profunda vocación nacional.

Los cantos y consignas de las jornadas de octubre expresaron la claridad con que los manifestantes identificaban el campo propio y el del adversario. Pero esta claridad no se expresó en formas rígidas y solemnes, sino que irrumpió con las características de los géneros cómico-serios propios de lo que Bajtín define como una concepción carnavalesca del mundo. Esto no es un rasgo menor sino que se vuelve constitutivo de gran parte de las prácticas discursivas del peronismo, básicamente, orales y, muy especialmente, marcará el carácter de la interacción entre Perón y la multitud la noche del 17 de octubre.

El diálogo con la multitud

En su análisis de la alocución de Perón del 17 de octubre, Emilio De Ípola sostiene que *“ateniéndose al contenido lato de ese discurso, lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su notoria insignificancia”* (De Ípola 1982 en Torres 1995: 131-132). En general, los testimonios de los participantes del 17 de octubre abundan en detalles de las acciones previas y son muy sucintos respecto del momento del discurso. Angel Perelman dirigente metalúrgico, autor de uno de los más famosos y citados testimonios de la fecha, le dedica apenas tres frases al discurso de Perón: *“al filo de medianoche, después que Ávalos y Mercante intentaron hablarnos inútilmente –la multitud se negó a escucharlos-, apareció Perón en los balcones de la Casa de Gobierno. Habló poco. Las aclamaciones y la alegría con que fueron recibidas sus palabras no son para olvidar fácilmente. Empezamos a regresar a nuestras casas”* (Perelman 1961: 77). Justamente, lo más significativo de este discurso no está en su “contenido lato” sino en la interacción misma, en el diálogo con la multitud, en el contacto entre Perón y los trabajadores, básicamente, en la “función fática”.

En la tarde del 17 de octubre, con la multitud enardecida colmando la Plaza de Mayo, el general Eduardo Ávalos (jefe del acantonamiento de Campo de Mayo y enemigo declarado de Perón) planeaba estrategias para tranquilizarla y desconcentrarla. Le ordenó a Mercante que les hablara. Mercante tomó el micrófono y dijo: *“el general Ávalos...”*. No pudo continuar, la silbatina fue ensordecedora. Ávalos intentó tomar el micrófono y bastó que el locutor lo anunciara para que se recrudesciera la rechifla. Esto

se reiteró en varias oportunidades. También apareció Colom, el director del diario La Época, se presentó enarbolando un periódico, de esta manera, la gente lo reconoció y lo aplaudió. Apenas pudo decir que Perón estaba bien y que pronto estaría en la Plaza de Mayo. Y esto no era, justamente, el mensaje que Ávalos quería dar a la multitud. En otro momento de esa caótica tarde, Antille (radical santafecino, ex Ministro de Hacienda) quiso dirigirse al pueblo como “*delegado del coronel Perón ante el general Farrell*”; pero la gente seguía insistiendo: ¡Perón! ¡Perón! (Luna 1971: 285, 290).

Recién a las 23.10 Perón apareció en los balcones de la Casa Rosada “*desencadenando la mayor explosión de entusiasmo colectivo jamás conocida en la historia argentina*” (De Ípola 1982 en Torres 1995: 138). Sebastián Borro, que estaba ahí, declara: “*para mí, la Plaza de Mayo tembló*” (revista Apuntes, número 16, octubre-diciembre, 1997, pp. 15-16). Perón vio por primera vez a la multitud que colmaba la plaza, con antorchas improvisadas con diarios, palos y carteles.

“Empezó entonces una curiosa pantomima, algo realmente único en los anales políticos de cualquier país. El gentío no estaba apurado por escuchar a su amado: por ahora, simplemente quería mirarlo, aclamarlo y comprobar que estaba a su lado. El esfuerzo de toda la jornada requería compensarse alargando el final, como un acto de amor sabiamente regulado. Seguía alzándose el griterío desde todo el volumen de la plaza. Algunos haciendo malabarismo debajo del balcón, alcanzaban una bandera argentina a Perón (‘Con Perón y con Mercante/ la Argentina va adelante’), que la tomó y la hizo flamear entre la clamorosa ovación de la multitud. Después otra bandera para Farrell. Luego llegaron unas flores. Un inescuchado locutor seguía reclamando silencio para que el presidente empezara su discurso pero el bochinche seguía, exaltadamente, inconteniblemente. Una y otra vez Farrell y Perón debieron abrazarse (‘Farrell y Perón/ un solo corazón!’) y Quijano también tuvo que participar en el juego (‘Perón encontró un hermano/ Hortensio Jota Quijano!’. Así, diez minutos, un cuarto de hora” (Luna 1971: 292).

Con dificultad por las constantes interrupciones del público, Farrell anunció entre vítores y aclamaciones las nuevas medidas tomadas por el gobierno e hizo la presentación de Perón. El clima era de gran desorden. La multitud allí reunida se manifestaba impaciente e insurrecta. El locutor que anunciaba la palabra de Perón pedía “*el mayor de los silencios*” y este reclamo se expresaba también en gritos aislados entre el público que exigían “*¡silencio!*”. El locutor invitó al público a entonar el Himno Nacional Argentino. Perón se retiró del balcón durante su ejecución. Años más tarde le comentará a Félix Luna: “*imagínese ni sabía lo que iba a decir... ¡tuve que pedir que*

cantaran el Himno para poder armar un poco las ideas! Y así salió aquel discurso” (Luna 1971: 343).

Perón volvió a salir al balcón mientras el clamor de la multitud por su presencia era ensordecedor. Su primera palabra, con la que nomina e interpela a su interlocutor, es: “*¡Trabajadores!*”, la cual es recibida con júbilo prolongado por los obreros concentrados en la plaza.

En encuentros masivos como este, las reglas acerca del uso de la palabra y la toma de turnos son diferentes a las de los diálogos, trílogos o polílogos (entre grupos reducidos). Acá Perón es quien tiene la palabra y monopoliza el turno; pero también la multitud se hace escuchar. Esta interacción tiene características assemblearias. El público participa activamente del diálogo (y no solo con intervenciones retrocanalizadoras, aplausos y ovaciones). La multitud interrumpe constantemente el discurso de Perón, con cánticos y gritos colectivos o con gritos dispersos. En algunos momentos, lo obligan al propio Perón a pelear por el turno, lo interpelan, le imponen temas. Y en el marco de este intercambio ocurre la negociación de representaciones de ambos interlocutores (un sujeto individual y uno colectivo):

Perón: *Esto es pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre, al que hemos de reivindicar. Y hemos...*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¡Perón! ¡Perón! ¡Es el pueblo de Perón!*

Perón: *Es... Es el pueblo de la Patria.*

Ante la definición de Perón, la multitud irrumpe mediante una intervención intercalada suplidora. Perón responde al grito de la multitud y lo resignifica.

Veamos la siguiente secuencia:

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?*

Perón: *Preguntan... Preguntan ustedes dónde estuve.*

Público: *¡Sí! (al unísono).*

Perón: *Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes.*

Público: *Estallido popular en gritos y vítores. ¡Qué no se vaya! ¡Qué no se vaya! ¡Qué no se vaya!*

Perón: *No quiero... No quiero terminar sin lanzar mi recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones, desde todas las extensiones de la patria.*

Público: Estallido popular en gritos y vítores.

Perón: *A ellos... A ellos, que representan el dolor de esta tierra, vaya nuestro cariño, nuestro recuerdo y nuestra promesa de que en el futuro hemos de trabajar a sol y a sombra por que sean menos desgraciados y puedan disfrutar mejor de la vida.*

Público: Estallido popular en gritos y vítores. *¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?* (al unísono). Murmullos cercanos al micrófono. *¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?* (gritos aislados) *¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?* (al unísono) (40´).

Perón: *Y ahora... Y ahora, llega como siempre, para vuestro Secretario de Trabajo y Previsión, que fue y que seguirá luchando al lado vuestro por ver coronada esta obra que es la ambición de mi vida, que todos los trabajadores sean un poquito más felices.*

Público: Estallido popular en gritos y vítores.

Perón: *Esta hora es la hora del consejo.*

Público: *¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?* (distintas voces individuales).

Perón: *Que lo doy con mi corazón tan abierto como puede presentarse a una cosa que uno tanto ama: el pueblo.*

Público: Estallido popular en gritos y vítores. *¿Dónde estuvo?* (grito aislado).

Perón: *Ante tanta nueva insistencia les pido, les pido que no me pregunten ni me recuerden cuestiones que yo ya he olvidado.*

Público: Estallido popular en gritos y vítores.

Perón: *Porque... porque los hombres que no son capaces de olvidar, no merecen ser queridos y respetados por sus semejantes* (enfervorizado).

Público: Estallido popular en gritos y vítores.

Perón: *Y yo aspiro... Y yo aspiro a ser querido por ustedes...*

Público: *¡El pueblo con Perón!*

Perón: *Y no quiero empañar este acto con ningún mal recuerdo.*

El público lo interpela acerca de un tema del cual Perón no quiere hablar (en las negociaciones previas a su salida al balcón se había comprometido a no referirse a su prisión y a ordenar la disolución pacífica de la manifestación). Esta interpelación constituye una iniciativa, es decir, un acto destinado a provocar una reacción en el interlocutor, en este caso, una respuesta verbal. Y se trata de una iniciativa directa fuerte (es decir, sin efectos atenuadores). Frente a la pregunta: “¿dónde estuvo?”, Perón produce reacciones autoconectoras que le sirven para evadir la respuesta a la pregunta (continúa con lo que estaba diciendo antes de la interrupción sin contestar a la voz de la multitud). Después responde con evasivas, con generalidades que no convencen a un público que quiere saber. Y la multitud repregunta una y otra vez hasta que Perón

enfervorizado y severo concluye con una breve zona didáctica entre el reto y el sermón, seguida de una declaración del anhelo de ser querido por el pueblo.

El enunciador se ubica, de a ratos, en el lugar del padre (o “*del hermano mayor*”) que aconseja y recomienda; y, por momentos, en el del sacerdote o del maestro que prescribe y enseña. Se trata de una interacción intensa en la que se manifiesta ampliamente el sujeto pasional. Se multiplican las expresiones de sentimientos y la conmoción frente al momento y los días previos.

Con gran familiaridad, confianza y cercanía, un poco más tarde, el público clama: “*¡Qué se case con Evita! ¡Qué se case con Evita! ¡Qué se case con Evita!*”, a lo que Perón responde, en voz baja y sonriendo: “*¡Ya es mucho!*”. El público no se conforma y continúa con el reclamo. Y este reclamo también tiene la forma de una iniciativa directa fuerte. Tras la tensión que produce la interpelación de la multitud a Perón con el insistente “*¿dónde estuvo?*”, vuelve la atmósfera festiva en la que se acorta la distancia y aparecen la camaradería y la complicidad. El carácter de las intervenciones del público expresan espontaneidad y desparpajo en la relación dialógica de la asamblea.

Hacia el final de esta interacción intensa y apasionada, el grito del público clamando: “*¡Fiesta de Perón! ¡Fiesta de Perón!*”, constituye un intervención intercalada reclamadora de turno y tiene la forma de un enunciado acabado, es decir, la multitud dice lo que quiere decir, sin respetar el turno en vigor. Perón produce una reacción colaborativa mediante la cual accede al pedido: “*por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como Secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando*”. La consigna “*fiesta de Perón, ¡qué trabaje el patrón!*” puede interpretarse como una respuesta a la provocación de los patrones cuando, con Perón preso, mandaban a los obreros a cobrarle el feriado del 12 de octubre a Perón; y, junto a “*mañana es San Perón*” exhiben las características de los géneros cómico serios propios de la percepción carnavalesca del mundo a los que me referí antes.

Si analizamos la estructura de la interacción entre Perón y el pueblo en la Plaza de Mayo el 17 de octubre, aparecen las secuencias de apertura y de cierre abarcando casi la totalidad de la misma. En la apertura se establece el contacto “físico” (la gente le acerca a Perón sus regalos: una bandera, un ramo de flores) y psicológico entre los interlocutores, se define la situación, se tematiza el encuentro y se lo representa como “*una verdadera fiesta de la democracia*”, se desarrollan los rituales confirmativos (saludos, mutuas manifestaciones de afecto y de lealtad y placer por esta interacción).

La apertura es el ámbito de la validación interlocutoria, los interlocutores producen signos del compromiso mutuo. Lo peculiar de esta interacción es que esta secuencia abarca casi la mitad del discurso. La secuencia de cierre empieza cuando Perón anuncia la finalización del encuentro (“*no quiero terminar sin lanzar mi recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior*”), y continúa con los consejos, agradecimientos, advertencias, saludos y promesas de continuar la lucha. El cuerpo de la interacción resulta impreciso e incierto. En términos de la retórica clásica, justamente, el exordio y el epílogo (la apertura y el cierre) son las partes de la *dispositio* que están más vinculadas a la dimensión pasional.

La importancia del discurso del 17 de octubre, como ensayo de un modo de contacto, sólo se vuelve accesible en la medida en que se lo analiza como interacción. La palabra de Perón y la de la multitud constituyen voces sociales diferentes que, en el marco de la relación dialógica institucionalizada el 17 de octubre, irán configurando una discursividad compartida. Indudablemente constituyó una interacción novedosa, fue el ensayo de un modo de contacto que luego se estabilizó. Este diálogo entre Perón y la multitud inauguró un ritual político inédito en la historia argentina. El caso inmediato anterior de un presidente popular fue el de Hipólito Yrigoyen que no se dejaba retratar y no se presentaba ante el pueblo salvo muy raras excepciones (Gálvez 1983: 213). Frente a la ubicuidad y la locuacidad de Perón, Yrigoyen cultivaba el arte de la ocultación.

El primer aniversario del 17 de octubre y la inversión de los roles interlocutivos

La pregunta sin respuesta proferida por la multitud durante la noche del 17 de octubre de 1945, continuó como una obsesión. Pocos meses más tarde (en febrero de 1946), Perón publicó un folleto titulado “¿Dónde estuvo?”³ en el que relata las jornadas de octubre bajo el seudónimo de Bill de Caledonia. Dice el subtítulo de ese folleto: “El

³ Explica Fermín Chávez que:

“El opúsculo *¿Dónde estuvo?*, según nos informara hace años Roberto Pettinato, miembro del equipo de prensa que colaboraba con el coronel Perón, fue impreso en los talleres de la Penitenciaría Nacional de la avenida Las Heras, de cuyas páginas saldrán tiempo después el *Libro azul y blanco* y *El pueblo quiere saber de qué se trata*.

¿Quién era Bill de Caledonia? No sin fundamento podemos aseverar que dicho autor era el propio coronel, con quien seguramente colaboró alguien de su equipo de prensa y propaganda: Eduardo J. Pacheco, Francisco J. Muñoz Azpiri, Blanca Luz Brum, Arístides Durante y otros. Según una versión que alguna vez escuchamos, Bill de Caledonia era el nombre de un perro que Perón supo tener.

El contenido de *¿Dónde estuvo?* presenta coincidencias ostensibles con el relato que el semanario *Ahora* publicara en ediciones del 15 y 20 de octubre de 1946. Los pormenores de estos relatos fueron brindados, sin duda, por el coronel” (Chávez; Fermín citado en Perón, Juan Domingo (1997), “Obras completas”, tomo 7: 11).

pueblo que el 17 de octubre preguntaba al coronel Perón con gran insistencia: ¿dónde estuvo?, tiene aquí una amplia respuesta”.

El 17 de octubre de 1946, durante la celebración oficial del primer aniversario, organizada por la CGT, con apoyo del Estado, Perón retoma la pregunta y, nuevamente, produce una respuesta.

“Me preguntan dónde estuve el 17; y frente a esa insistencia he de decir la verdad. Estuve preso en Martín García. Todavía no he tenido tiempo de preocuparme de averiguar quién fue culpable, porque en lugar de detenerme en pensar en el pasado he preferido mirar hacia el porvenir y realizar siempre una obra en provecho de mis queridos descamisados” (Perón 1997: 170).

De esta manera, apunta a dar por concluida la insistente interrogación popular iniciada un año antes. En el marco de esta interacción, Perón (vestido de civil, acompañado por Evita y miembros de su gabinete) frente a una multitud calculada en 250.000 personas, inaugura oficialmente el ciclo de diálogos rituales con el pueblo. Se institucionalizan, así, las interacciones masivas iniciadas el 17 de octubre de 1945. Perón es reiteradamente ovacionado por el público presente, que recibe con júbilo la invitación al diálogo.

Perón: “Y así como he de preguntarles todos los 17 de octubre, en este mismo lugar, les pregunto hoy por primera vez si he trabajado por el pueblo en estos cuatro meses. Quiero preguntarles también si he defraudado las esperanzas que ustedes pusieron en mí. Y, finalmente, si en este 17 de octubre sigo siendo para ustedes el mismo coronel Perón de otros tiempos”.

Público: “¡Sí!” (fervorosamente).

Perón: “Como este gobierno es de los descamisados, he de hacerles todos los años estas tres preguntas, porque no deseo ocupar el poder un segundo más después de haber perdido la confianza del pueblo” (Perón 1997: 169).

Ya no se trata de responder dónde estuvo sino de preguntar a la multitud si está contenta con su gobierno. De esta manera, Perón invierte los roles interlocutivos. Ahora es él quien pregunta y el pueblo quien debe responder. Restablece, de esta manera, el vínculo jerárquico que caracteriza a toda interrogación. No pregunta cualquiera, en cualquier circunstancia y sobre cualquier cosa, sino aquel que tiene el poder para hacerlo. Al mismo tiempo, mediante la nueva pregunta confiere al pueblo el lugar del juez y se ubica en la posición del juzgado, operación realizada también desde una posición de poder.

Retomando el espíritu festivo del año anterior, Perón concluye su discurso diciendo:

“Finalmente, quiero anunciarles que así como el 17 de octubre pasado, sin ser más que un descamisado, decreté feriado el 18 de octubre, quiero que esta noche la disfrute el pueblo en sus fiestas inocentes, y como presidente de la República les pido que escuchen en silencio el decreto que ha de leerse, que quedará para todos los tiempos señalado como una costumbre. (Se lee el decreto) Y ahora, para terminar con este digno acontecimiento, les pido a todos que vayan dispersándose en orden y lentamente. Como soy una hombre del pueblo y quiero ir al baile popular, he de encontrarme en la Plaza de la República para bailar con ustedes” (Perón 1997: 172).

Y efectivamente los bailes populares (auspiciados por la Municipalidad de Buenos Aires) tuvieron lugar en las calles céntricas de la ciudad. De esta manera, se reeditaba ritual y festivamente la toma del espacio urbano (controlado por la clase alta) protagonizada un año antes por los trabajadores. Esta apropiación de la ciudad y de sus monumentos más preciados se profundizó durante el gobierno por la acción del Estado. El Teatro Colón, por ejemplo, considerado “bastión de la oligarquía” fue “invadido” por los sectores populares que accedieron al consumo de conciertos, balets, óperas y otras expresiones culturales no canónicas a precios populares y se convirtió en escenario privilegiado de actos políticos de gran magnitud. Como sostiene Marcela Gené, de esta manera, “el Teatro Colón, bastión de los ‘selectos’, era simbólicamente restituido en una operación del aparato de propaganda a sus legítimos poseedores” (Gené 2005: 120). Así, lo que James dio en llamar “iconoclasia laica” durante las jornadas de octubre de 1945, la transgresión del orden simbólico establecido, se convirtió, a partir de junio de 1946 en una política de Estado.

El 17 de octubre se constituyó, con el paso de los años, en una celebración altamente institucionalizada, una “interacción masiva” en el marco de la cual se recreaba el contacto directo entre Perón y el pueblo y, al mismo tiempo, se exhibía públicamente el apoyo popular a Perón.

El 31 de agosto de 1955

1955 fue un año crucial en la vida nacional. La tensión entre el gobierno del presidente Perón y la oposición se había profundizado considerablemente. La procesión de Corpus Christi, realizada el 11 de junio, sirvió como demostración de fuerzas. Una multitud colmó la Plaza de Mayo. En el grito “Cristo vence” se unieron católicos,

radicales, socialistas y comunistas contra Perón. El éxito de la ceremonia religiosa terminó de convencer a la Marina de la posibilidad de asesinar a Perón. El 16 de junio bombardearon la Casa Rosada. Muchas de las bombas cayeron sobre la Plaza de Mayo provocando la muerte de trabajadores, mujeres y niños. Algunos peronistas pidieron autorización para usar las armas en defensa del gobierno, los militares leales exigían la aplicación de las penas máximas a los responsables. Sin embargo, esa misma tarde, Perón habló por radio y dijo: *“yo les pido a los compañeros trabajadores que refrenen su propia ira, que se muerdan como me muerdo yo en estos momentos, que no cometan ningún desmán”*. Esa noche, varias iglesias de la ciudad de Buenos Aires fueron incendiadas.

Aunque el gobierno no dio cifras oficiales, después se supo que fueron 355 los muertos y más de 600 los heridos durante los bombardeos. Con gran cautela, se construyó la versión oficial. No se dio a conocer el número de víctimas, tampoco se autorizó un sepelio colectivo en el edificio de la CGT. Según me contó Fermín Chávez, Luis Alejandro Apold (subsecretario de Informaciones) mandó hacer una película de veinte minutos con imágenes documentales de los hechos. Después de verla, Perón pidió que no la pasaran en los cines para no alimentar el resentimiento y avanzar hacia la “pacificación” (entrevista personal a Chávez, Fermín, julio del 2002).

Tras estos trágicos acontecimientos, Perón hizo una reiterada y sostenida convocatoria a la pacificación. Se autorizó a los líderes de la oposición a hablar por radio y esto produjo la multiplicación de las críticas al gobierno. Algunos de ellos pusieron como condición para la pacificación la renuncia del presidente. Perón presentó una nota anunciando su retiro y el 31 de agosto una multitud se reunió en la Plaza de Mayo para impedirlo. De esta manera se provocaba una nueva demostración de fuerzas con el objetivo de desalentar la voluntad golpista de algunos sectores de las fuerzas armadas y la oposición.

La CGT decretó un paro general a partir de las 9 de la mañana. La gente comenzó a llegar a la Plaza desde temprano. Era un día gris y frío. Recién a las 17 comenzó el acto. El secretario general de la CGT, Héctor Hugo De Pietro hizo un discurso breve, de apenas 10 minutos. El locutor anunció varias veces su alocución; pero durante algunos minutos no pudo comenzar a hablar por el potente clamor de la multitud que gritaba *“¡queremos a Perón!”*. El locutor intervino para pedir atención y prometió una noticia, lo que le permitió conseguir una tregua. Al comenzar a hablar, De Pietro asumió la voz de la multitud *“¡queremos a Perón!”*. Luego amenazó a la

oposición: cese de hostilidades o paro indefinido, a lo que la multitud respondió enardecida “no hay trabajo sin Perón”. Finalmente, se proclamó vocero de los trabajadores para pedir la presencia de Perón a lo que la multitud respondió cantando con fuerza progresiva: “¿dónde está? ¿dónde está? ¡qué lo vamos a buscar!”. Luego, la señora Delia Parodi, diputada nacional y presidenta del Partido Peronista Femenino, se acercó al micrófono, pero no pudo hablar. El pueblo reclamaba la presencia de Perón y tapaba con sus gritos y cantos las palabras de la dirigente femenina. Como he señalado en mi tesis de maestría,

“Los peronistas eran irreverentes con sus dirigentes. En los actos en los que hablaba Perón, el resto de los oradores la pasaba realmente mal porque nadie los escuchaba o los interrumpían o, simplemente, no los dejaban hablar las aclamaciones al líder (hasta a Evita le pasó en un acto en el Luna Park, durante la campaña electoral de 1946, en que debía leer un mensaje de su esposo y no pudo hacerlo por el insistente reclamo del público allí reunido, Luna 1971: 431). Solo Perón podía con ellos. Dice Miguel Unamuno que ‘el único orador era Perón. (...) Formalmente había otros; pero la gente no les daba bola – perdón- la gente no les daba bola. Además, era un peligro, hablar al lado de Perón. Era un peligro. Eso le costó la cabeza a muchos. (...) Porque, en determinado momento, la gente organizadamente o no, empezaba a generar una rechifla porque se cansaba, porque quería escucharlo a Perón ¿no? Y entonces era, era una cosa dantesca, frente a un tribunal popular de esa naturaleza. Entre Perón y el pueblo no había ninguna brecha comunicacional’ (entrevista personal a Unamuno, Miguel, julio del 2002)” (Vassallo 2006: 156).

John William Cooke (quien había sido el más joven diputado peronista, en ese momento era el interventor del Partido Justicialista de la Capital Federal y luego sería el primer delegado personal de Perón tras el exilio) desempeñó un papel importante en esa jornada. El presidente le había encomendado un texto que profundizara la línea conciliatoria que había propiciado luego del 16 de junio. Perón optaba por la comunicación doblemente mediatizada (por la escritura y los medios masivos de comunicación) toda vez que tenía que hablar a los argentinos en momentos particularmente críticos. Así lo hizo tras los bombardeos a Plaza de Mayo. La mediatización de la escritura operaba como defensa, contención y autocontrol (Vassallo 2006: 131).

En el momento de enfrentar a la enfervorizada multitud congregada en Plaza de Mayo para escucharlo, Perón desechó el texto pacificador (según el testimonio del hermano, Carlos Cooke a Mario Ranalletti, 1999 en Girbal-Blacha y Quatrocchi-Woison, 1999: 508). Esta versión es consistente con la editorial de De Frente (el semanario de actualidad que dirigía Cooke) titulada “Balance y Liquidación de la

Tregua” en la que la revista se opone claramente al llamado a la violencia del presidente y al espíritu de venganza de sus seguidores. También León Bouché, secretario de Informaciones afirmó años después: *“no sé (...) si todo fue el resultado de las reacciones que provocaba en el espíritu de Perón la presencia de una multitud adicta. Pero lo cierto es que hizo todo lo contrario a lo que se había proyectado”* (Luna 1986: 269).

La multitud reunida en la Plaza de Mayo, pidiendo “leña” para los golpistas tensó el clima emocional del acto y llevó al presidente a abandonar el tono conciliador que había mantenido hasta ese momento. Según el testimonio de Jorge Rulli: *“no sabíamos muy bien contra qué íbamos a pelear pero estábamos decididos a todo. Salimos hacia la Plaza de Mayo y estuvimos todo el día gritando ‘dale leña’. Fue el día del discurso del ‘cinco por uno’. Después nos volvimos a nuestras casas, contentos de haber vociferado todo el día y pensando que habíamos triunfado”* (Carulli, Caraballo, Charlier, Cafiero, 2000: 63-64).

A las 18.25 apareció Perón en el balcón. Se acercó al micrófono y pronunció la palabra “compañeros” y el clamor popular se hizo ensordecedor. Los vítores, ovaciones y gestos múltiples con que la multitud responde a la palabra de Perón, funcionan como validación interlocutoria, como signos del compromiso mutuo.

En este caso, como en muchos otros, comienza su alocución destacando su inclinación por la improvisación y la oralidad que, en el discurso de Perón, aparecen asociadas a la verdad y a la sinceridad:

“He querido llegar hasta este balcón, ya para nosotros tan memorable, para dirigirle la palabra en un momento, de la vida pública y de mi vida, tan trascendental y tan importante, porque quiero, de viva voz llegar al corazón de cada uno de los argentinos que me escuchan.”

En esta introducción se ostenta la propia subjetividad siguiendo la línea de los anteriores mensajes a la ciudadanía después de los luctuosos acontecimientos del 16 de junio, en los que se produce algo extraordinario en el discurso de Perón: se exhibe el sentir por el paso de los años, la vejez, los sueños, la muerte (aún cuando habla entre soldados), se muestra vulnerable, admite su desesperación frente a los hechos y la posibilidad de la derrota, llora y tematiza su propio llanto.

Es Perón quien controla el uso de la palabra; pero en cada una de las pausas de su discurso la multitud se manifiesta, las pausas constituyen el turno de la multitud.

Al comienzo, el mensaje de Perón se estructura a partir de una serie de oposiciones fundamentales (en cursiva se incluyen las intervenciones de la multitud):

<u>Ellos</u>	<u>Nosotros</u>
infames enemigos del pueblo	movimiento nacional con objetivos claros
holocausto	inmensa paciencia y extraordinaria tolerancia (<i>“¡dales leña! ¡dales leña! ¡dales leña!”</i>)
actos violentos, voluntad criminal	perdón, paz (<i>“todos los obreros los vamos a colgar”</i>)
no quieren la pacificación	dos caminos: 1. gobierno, represión ajustada a los procedimientos represivos 2. pueblo, acción y lucha acorde a la violencia recibida (vítores y aplausos crecientes, cantos)

A partir de este punto se produce una crispación progresiva, el tono de voz del presidente se vuelve amenazante, pasa de la indignación a la furia (la entonación constituye un vector privilegiado para la expresión de las emociones). Cuanto más dura la posición de Perón, mayores son las ovaciones de la multitud que reafirman esa dureza:

- *“a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor”*
(explosión de vítores y aplausos crecientes, *“la vida por Perón, la vida por Perón”*)
- *“aquel que, en cualquier lugar, intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la ley o la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino”*
(estallido de la multitud, ovaciones)
- *“esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecuten, sino contra los que conspiran e incitan”*
(*“la vida por Perón, la vida por Perón”*, con fuerza creciente)

- *“la consigna para todo peronista que esté aislado o esté dentro de alguna organización es contestar a una acción violenta con otra más violenta y cuando uno de los nuestros caiga ¡caerán cinco de ellos!”*

(*“la vida por Perón, la vida por Perón”*, murmullos cercanos al micrófono, en el balcón)

- *“que cada uno sepa que donde esté un peronista, está una trinchera que defiende los derechos del pueblo”*

(vítores y aplausos)

- *“hemos de defender las conquistas del pueblo aunque tengamos que terminar con todos ellos”*

(ovaciones, cantos ininteligibles)

- *“o luchamos y vencemos para consolidar las conquistas alcanzadas o la oligarquía las va a destrozar”*

(aplausos, ovaciones, cantos)

- *“esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no lo hayamos aniquilado y aplastado”* (con fuerza y furia)

(ovaciones, *“Perón, Perón, Perón”*)

- *“tenemos para esa lucha, el arma más poderosa que es la razón y tenemos también para consolidar esa arma poderosa la ley en nuestras manos”* (este breve paréntesis apelando a la racionalidad y a la legalidad contradice los enunciados anteriores, expresa una vacilación, como si por unos instantes Perón quisiera recuperar el mensaje conciliador con el que habría salido al balcón)

(ovaciones)

- *“hemos de poner calma, a cualquier precio. Y, para eso, es lo que necesito la colaboración del pueblo”*

(ovaciones, cantos: *“¡la vida por Perón!”*)

- *“y eso (la paz y la tranquilidad) lo hemos de conseguir, persuadiendo y si no ¡a palos!”* (con furia)

(aplausos y vítores)

- *“veremos si con esta demostración, nuestros adversarios y nuestros enemigos, comprenden. Si no lo hacen, ¡pobres de ellos!”*

(ovaciones, gritos: *“¡leña! ¡leña! ¡leña! ¡leña!”*, creciente, ensordecedor)

- *“desde el gobierno, hemos de tomar las medidas necesarias para reprimir con la mayor energía, todo intento de alteración del orden. Pero yo pido al pueblo que sea él también un custodia. Y que él, que lo puede hacer, tome las medidas más violentas”*

(ovaciones)

- *“esto, esto es el último llamada y la última advertencia que hacemos a los enemigos del pueblo. Después de hoy han de venir acciones y no palabras”*

(ovaciones, cantos: “la Argentina sin Perón es un barco sin timón”, creciente, ensordecedor)

- *“compañeros, para terminar, yo quiero recordar a cada uno de ustedes, que hoy comienza para todos nosotros una nueva vigilia en armas”*

(ovaciones)

Las intervenciones de la multitud funcionan de diversas maneras:

- intervenciones retrocanalizadoras: vivan a Perón, lo ovacionan, lo aplauden y silban y abuchean a los adversarios toda vez que son mencionados.
- intervenciones intercaladas no reclamadoras suplidoras: gritos y murmullos que desapruaban las referencias a la actitud conciliadora del gobierno con los golpistas.
- iniciativas directas: gritos aislados pidiendo “leña”, luego toda la multitud con fuerza creciente pide “leña” y canta al unísono “se escucha, se escucha, no se deja de escuchar que todos los obreros los vamos a colgar”.

El viraje abrupto de la palabra pacificadora y conciliadora de Perón hacia un enardecido llamado a la acción directa de todos los peronistas solo es comprensible a partir de un análisis que no se limite al texto sino que abarque la interacción con la enardecida multitud, la situación de comunicación en su conjunto.

Este fue el último discurso de Perón a los trabajadores reunidos en la Plaza de Mayo desde el histórico balcón de la Casa Rosada. Después vendría el golpe de estado, el exilio y recién 18 años más tarde el retorno a la presidencia y también al balcón.

Breve reflexión final

El desparpajo y la irreverencia de las multitudes que irrumpen a la vida política el 17 de octubre determinan la peculiaridad del diálogo con Perón, marcado por la cercanía y la complicidad. Se trata de un sujeto colectivo con voz propia, capaz de pelearle el turno a Perón, de imponerle temas, de hacerlo cambiar de posición.

Los discursos del 17 de octubre de 1945 y del 31 de agosto de 1955 enmarcan el ciclo histórico correspondiente al primer peronismo. En este período, entre muchas otras cosas, se ensaya y se instaura un peculiar modo de interacción masiva entre Perón y el pueblo, inédito en los rituales políticos nacionales. Los dos casos analizados son particularmente relevantes porque se trata de interacciones masivas adonde la participación activa de la multitud produce cambios significativos en la historia argentina:

1. durante sus días en prisión en octubre de 1945, Perón había decidido abandonar su acción política iniciada en la Secretaría de Trabajo y Previsión (tal como lo expresa en una de las cartas enviada a Evita desde Martín García, Navarro 2005: 123-124). Luego de la interacción con los trabajadores movilizados por su liberación, hace lo contrario;
2. a fines de agosto de 1955, Perón enfrenta a la multitud con voluntad pacificadora; pero el pueblo enardecido pidiendo leña le hace desistir del discurso conciliador.

Mi trabajo ha intentado dar cuenta de una particular dinámica discursiva. A partir de los análisis realizados es posible afirmar que, de ninguna manera, Perón pronuncia una palabra cristalizada, su discurso es esencialmente polifónico y dialógico y habilita, promueve y encuadra la interacción activa, el diálogo con sus interlocutores privilegiados, los trabajadores.

Bibliografía consultada

Bajtín, Mijaíl M. (1978), *“Problemy poetiki Dostoievskogo”*, Moscú Sovetskaya Rossiya Izdatelstvo (tr. al castellano “Problemas de la poética de Dostoievski”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993).

Bajtín, Mijaíl M. (1979), *“Estética slovesnogo tvorchestva”* (tr. al castellano “Estética de la creación verbal”, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2002).

Borro, Sebastián (1997), en Revista “Apuntes”, número 16, Buenos Aires, octubre-diciembre.

Carulli, Liliana, Caraballo, Liliana, Charlier, Noemí y Cafiero, Mercedes (2000), “Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista. 1955-1972”, Buenos Aires, Biblos.

De Ípola, Emilio (1983), “Ideología y discurso populista”, Buenos Aires: Folios Ediciones.

Fant, Lars (1996), “Regulación conversacional en la negociación: una comparación entre pautas mejicanas y peninsulares”, en Kotschi, Thomas; Oesterreicher, Wulf y Zimmermann, Klaus (eds.), “El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica”, Madrid, Ed. Vervuert, 1996.

entrevista personal a Chávez, Fermín

Galvez, Manuel (1983), “Vida de Hipólito Yrigoyen”, Buenos Aires, Club de Lectores.

Gené, Marcela (2005), “Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Universidad de San Andrés.

Girbal-Blacha, Noemí y Quatrocchi-Woisson, Diana (1999), “Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del Siglo XX”, Buenos Aires: Academia Nacional de Historia.

James, Daniel (1990), “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976”, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1987), “Las interacciones verbales”, Ed. Armand Colin.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1996), “La conversación”, París, Ed. du Seuil.

Luna, Félix (1971), “El 45. Crónica de un año decisivo”, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Luna, Félix (1986), “Perón y su tiempo. III. El régimen exhausto, 1953-1955”, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2000.

Narvaja de Arnoux, Elvira (2006), “Los comentarios periodísticos ‘oficiales’ sobre los bombardeos a Plaza de Mayo de 1955: en torno a la problemática de las formaciones discursivas” en “Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo”, Buenos Aires, Santiago Arcos.

Navarro, Marysa (2005), “Evita”, Buenos Aires, Edhasa.

Perelman, Angel (1961), “Cómo hicimos el 17 de octubre”, Buenos Aires, Ed Coyoacán.

Perón, Juan Domingo (1997), “Obras completas”, tomos 7 y 8, Buenos Aires, Ed. Docencia.

Schiffrin, Deborah (1988), “El análisis de la conversación”, en Newmeyer, F. (ed), “*Linguistics: The Cambridge Survey*”, T. IV (pp. 251-276).

Torre, Juan Carlos (comp.) (1995), “El 17 de octubre de 1945”, Buenos Aires, Ed. Ariel.

Vassallo, M. Sofía (2005a), “El discurso de Perón en sus orígenes. La búsqueda de la propia voz y la constitución de un modo de contacto”, Buenos Aires, Actas del VI Congreso de la Asociación Argentina de Semiótica “.

Vassallo, M. Sofía (2005b), “‘*De Frente*’ al derrocamiento de Perón” en Elizalde, Lydia (2008), “Revistas culturales latinoamericanas 1920-1960”, México, Universidad Iberoamericana, Universidad Autónoma del Estado de Morelos y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Vassallo, M. Sofía (2005c), “17 de octubre: el diálogo de Perón con la multitud”, La Plata, Actas del II Coloquio Argentino de la IADA (*Internacional Association for Dialogue Analysis*).

Vassallo, M. Sofía (2005d), “La relación con la oposición y la mediatización del discurso de Perón (1943-1945)”, Villa María, en las Actas de las IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación “Las (trans)formaciones de las subjetividades en la cultura contemporánea. Reflexiones e intervenciones desde la comunicación”.

Vassallo, María Sofía (2006), “El discurso de Perón en la etapa fundacional del movimiento. La búsqueda de la propia voz y la constitución de modos de contacto (1943-1946)”, tesis de la Maestría en Análisis del Discurso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Wainfeld, Mario (2004), en Revista “La Marcha. Los muchachos peronistas”, número 4, noviembre.